Cartas a Farim Nasem
Poemario por Ángela Tello González

Colección Las Ofrendas
Escuela de Estudios Literarios
Facultad de Humanidades, Universidad del Valle
Santiago de Cali, septiembre de 2011
ISBN: 978-958-670-917-0

Reseñado por: Julián Malatesta

Del arte a la realidad[1]

El camino que se emprende de la realidad al arte es quizá el de más fácil trasiego, éste sólo se puede realizar si se ejecuta con especial sigilo un despojo de la realidad, si se abate lo habitual, si se sitúa lo fútil y lo común a la vera del sendero para que no entorpezca la marcha. Se trata de un camino de iniciación que probablemente no conduzca a ninguna parte, dado que el arte no se nos revela como un punto de llegada sino que es el asombroso silo donde se hallan todos los comienzos. En esta ilusoria jornada quien se alista de poeta es un nativo irascible enfrentado a las palabras como si quisiera vencer la hostilidad de los elementos, nada se le promete, salvo el instinto de conservación que le permite sobrevivir a esas amenazas del habla cotidiana: la estulticia, la extravagancia y la anodina repetición del proverbio. Mas quien viene en sentido contrario, del arte a la realidad, con el alarde de haber emprendido la marcha hace muchos siglos, arrojado al día y a la noche en medio del vocerío de los poetas que le murmuran, que lo interrogan sin tregua, que le corrigen el habla, que lo visitan, le invaden la casa sin anunciarse, se camuflan en sus bolsas de viaje y se confunden con los víveres, ese poeta invadido anhela otro despojo, quiere la soledad, trae hambre de realidad y entonces penetra la dura faena de los seres humanos que humildes hacen girar su tierra y labora en el lenguaje de ellos, ausculta sus pasiones, descubre las huellas que les deja el dolor y las efímeras muecas de la alegría. Pero este poeta rodeado y abandonado de poetas aprendió a mirar de otro modo, visiona en la realidad lo que esa realidad calla y oculta, y así crea un diálogo distinto con su gente y con su tiempo.

En *Cartas a Farim Na*sem, Ángela Tello, visita los afligidos territorios de la guerra, con su palabra penetra en ellos hendiendo la neblina y la asfixiante atmósfera de la pólvora. Su don es de poetas, trae un lenguaje disputado en agitadas asambleas de poetas, hurtado a la usura de los poetas. Desde la lejanía quiere saber en qué lugar se refugia el amor, anhela que le cuenten de su hombre impelido a caminar en medio del fuego enemigo, quiere saber de ese guerrero y se ilusiona pensando que la devastadora maquinaria de la guerra no derrotará su alma hecha para la siembra y para edificar el mundo. El camino de Ángela va del arte a la realidad, tiene la madurez de quien vence en ese diálogo original del arte, pero ahora reclama de su época un lenguaje que le ayude a revelar lo que hay de vital en medio de las fatídicas confrontaciones de los ejércitos. Cabalgo sobre esta montura de palabras, cruzo campos de sombra y de delirio, galopo en busca del coraje, en busca del olvido galopo hacia el abismo. Leña, fuego y cordero mis palabras, altar y víctima para inmolar antes del grito de la aurora. Cúbrelos con tus manos durante el vértigo de la noche, resguarda el fuego antes del primer parpadeo de la /madrugada, que no lo apague el aire ni la lluvia, que no lo apague el trueno, amor, que no se extinga.

La poeta que anhela conocer lo que acontece en esas lejanas tierras de oriente –donde el dios único no logra hacer oír su verbo, porque rabinos y ulemas le han dicho a sus pueblos que lo que ordena el cielo es el sacrificio y la destrucción, y que la promesa es ir y volver de su mano poderosa–, establece una conversación con su destinatario Farim Nasem,

[1] Reseña recibida el 2 de mayo, aprobada el 1 de junio de 2012.

y le narra que su incendiada región es también la suya, que su atormentada tierra es también la nuestra. Que los hombres no cesan en su arrolladora destrucción. Farim, la guerra que habita a Bagdad y la que avanza por las calles de mi ciudad son una misma guerra. Bajo el humo dos ciudades se encuentran, sobre las gradas de la infamia, mueren sus niños, sus viejos y sus jóvenes. En la guerra, los adversarios persisten en controlar el territorio, /en la guerra, la libertad es un sueño que se fuga, un viento que se ansía. Se precisa reescribir esta historia, Farim Nasem, requerimos reinventarles los nombres a las calles, cubrirlas con espejos de agua y detener con sus imágenes el fuego que calcina la tierra. Este es el modo en que el arte penetra los asuntos cotidianos del mundo, reclama de ellos la noticia, el acontecimiento es sólo un documento para descubrir las señales que la historia planta en sus territorios, labora en ellos con memoria, deja que el aterrador suceso o el viejo manuscrito sea leído por sus amigos poetas, por sus predilectos. A veces uno cree oír allí a Nazim Hikmet el viejo poeta turco que conoció tantas prisiones, y que le escribió a Taranta-Babú, su esposa, conmovedoras cartas: ¡Eh Taranta-Babu // eh! Qué bello es vivir // madre mía, qué bello es vivir… Piensa en mí // cuando mis brazos enlazan tus anchas caderas // que dieron a luz tres niños.// Piensa // en la voz cálida // desnuda // del agua // que gotea sobre la piedra negra. Al poeta griego Yannis Ritzos con sus ojos aterrados oyendo las descargas del pelotón de fusilamiento, contando a diario el número de sus amigos muertos: Este paisaje es duro como el silencio // Aprieta en su pecho sus piedras encendidas // Aprieta en la luz sus huérfanos olivos y viñedos. También interviene el poeta de Alejandría, Konstantino Kavafis que introduce un tono lúdico y libertino: Vuelve otra vez y tómame // Amada sensación retorna y tómame // Cuando la memoria del cuerpo se despierte // Y un antiguo deseo atraviesa la sangre… Y la escéptica, la refugiada en su casa, la que conoce los oficios domésticos y sabe que en ellos también habita la dignidad de mujer, Rosario Castellanos: El encuentro es a oscuras, en el beso se mezcla // el sabor de las lágrimas // Y en el abrazo ciñes // el recuerdo de aquella orfandad, de aquella muerte. Y en este diálogo íntimo Ángela Tello deja oír su voz y teje su apreciada manta de abrigo y desamparo, de rabia y de sosiego, de grito y de silencio: "Dicen los diarios que estás muerto./ En los noticieros aparece tu rostro con salpicaduras /de viruela. Gimen las mujeres junto al féretro y fluye una espada de sus bocas, *venganza*,/ agudo filo que atraviesa el aire. /Sucios de sudor y de sangre, los hombres gritan improperios que nublan la mañana,/ aplazan el combate durante pocas horas/ y rinden honores al valiente guerrero que se marcha./ Lejos estoy de ti, lejos estoy de las mujeres y su grito./ No plañiré con ellas esta ausencia, raído manto que cobija mis horas./ En medio de la noche dos preguntas invaden mi lamento/ ¿Sobrevivirá Bagdad ahora que no caminarás más por /sus ruinas? ¿Sobrevivirá mi ciudad ahora que no recibiré más /tus cartas?"

Con el tono alto de la gran poesía, Ángela Tello revela el frágil mundo que habitamos y desnuda la vana ilusión de quienes asisten a la guerra con la creencia de que van a cambiar el mundo. Su poesía es de ocupación, como en la conflagración, se toma los territorios, penetra casas y aldeas, indaga por el hombre que es único y entonces descubrimos que él somos nosotros, que las aldeas y las casas son las nuestras y que las lágrimas de las mujeres y la orfandad de los niños, son los llantos de nuestras mujeres y las tristezas de nuestros hijos.